PRESENCIA

DEMOCRACIA SANA Y CRISTIANA

El Excmo. Sr. Presidente en su Mensaje al Pueblo de la República ha destacado "la fe de todos los integrantes de las fuerzas armadas en los planteamientos *democráticos* del gobierno" (23.XI.55). Los partidos políticos representados en la Junta Consultiva hablan de los imperativos democráticos de Mayo y de Caseros. Liberales, socialistas, filo comunistas y comunistas reclaman convivencia democrática. Mientras tanto el pueblo no sale de su asombro porque nunca se vió un gobierno tan antipopular. Algo sospecha el pueblo que se está tramando en las combinaciones áulicas; algo para burlar al pueblo. Algo en nombre de la *democracia*. Con ella por pretexto, se quiere embretar al país en un régimen de minoría que burle las justas aspiraciones de la población a su bienestar económico, político y espiritual. La Revolución contra el tirano fué expresión de la realidad de nuestro pueblo. El pueblo reclamó libertad cuando vió en peligro la libertad religiosa. Comprendió que con la persecución religiosa desaparece la fuente de la auténtica libertad.

Pero alcanzada la libertad "liberal", los hombres sanos del país, y en especial los católicos, se encuentran con el hecho de que todos los diarios se hallan en las manos de sus enemigos; de que en las Universidades son desalojados los católicos de sus cátedras, las que son entregadas a caracterizados militantes marxistas; y de que los gremios son arrebatados a sus auténticos representantes y se hallan en trance de ser entregados a una minoría socialista y comunista. Mientras tanto, se está fraguando una combinación de minoría para entregarle el gobierno del país por una generación. En todo esto trabajan grupos conocidos de liberales y marxistas.

Mientras se produce esta ofensiva de izquierda, no sólo no se derogan las leyes antirreligiosas del gobierno de Perón, sino que los socialistas, por medio de su órgano *La Vanguardia*, tienen la desfachatez de invitar a los católicos al arrepentimiento.

Los católicos están confusos. Al carecer de órganos de opinión que les ilustren sobre lo que pasa en el país y, en especial, de la maniobra *liberal marxista*, de la que son sus primeras víctimas, no saben qué pensar. La habilidad de los adversarios ha encubierto con una etiqueta política un verdadero problema religioso. Aquí se trata de la orientación que debe tener el país, si católica o filomarxista. Es evidente que la continuación de una Revolución que se hizo bajo el signo de la Cruz es una política en la línea católica. Pero los enemigos han cometido un fraude habilísimo. Bajo pretexto de que la Revolución es democrática excluyen lo católico y a los católicos como "antidemocráticos", "totalitarios", "nazis", "nacionalistas".

Y lo peor es que algunos católicos se han dejado engañar. Y, como lo decíamos en nuestro número anterior, un factor de engaño es el Partido Demócrata Cristiano, que se ha colocado en el bando de los grupos y partidos políticos que están defraudando al pueblo.

El juego está a la vista. Se está implantando una insoportable dictadura de izquierda. Grupos intelectualizados hablan ya sin desembozo de un totalitarismo de la libertad. Y sabido es qué significa el reinado de la libertad liberal: abundancia para una minoría que gobierna y que usufructúa los beneficios de la libertad y miseria para el fuerte de la población.

La mayoría del país está, en cambio, ansiando una democracia auténtica, que sea expresión de su realidad cabal. Por ello quiere un gobierno de pacificación con un régimen económico de abundancia para los sectores populares y de franca orientación espiritualista y católica, donde puedan convivir los disidentes. La Revolución puso en claro esta realidad.

El nacionalismo agresivo de hace quince años atrás, que se pretende erigir en cuco del país, no existe ya. Los nacionalistas de entonces son hoy políticos moderados que buscan una democracia también moderada. El grave peligro puede constituirlo hoy que el agresivo sectarismo de las izquierdas resucite aquel nacionalismo. Porque hay ciudadanos que no permitirán, como no lo permitirá el país, que los sectarios de izquierda quieran imponer, bajo el pretexto de democracia, un régimen de frente popular.

Nosotros aceptamos una democracia sana en la línea de los valores eternos. Lo que negamos es que sea ésta la que quieren imponer los grupos liberales, socialistas y comunistas que se han apoderado de los resortes del poder. Una democracia sana debe responder a los amplios sectores de la realidad argentina. En el campo económico, cultural, político y espiritual.

La democracia liberal

Por la literatura ambiente pareciera, a veces, que se nos quiere retrotraer al liberalismo del siglo pasado. Así *La Nación* del domingo 27.XI.55, al totalitarismo despótico del que acabamos de salir, contrapone, "como aliciente insuperable y única predisposición hegemónica admisible: el totalitarismo de la libertad".

No vamos a traer argumentos nuevos contra la pretensión del liberalismo de ser la solución salvadora del pueblo contra el totalitarismo despótico. Este totalitarismo, con todo lo que contenía de opresor y de odioso, sentía una preocupación, aunque demagógica, efectiva, por el bienestar de las masas populares. De cualquier manera lo reprobamos porque se fundaba en la injusticia para con grupos sociales de minoría, que tienen derecho al bienestar.

Pero el totalitarismo liberal es reprobable porque lleva a la ruina a los sectores más numerosos de la población. En pleno esplendor del liberalismo vió esto nuestro Estrada, y lo expresó con argumentos que hoy mantienen toda su actualidad. En su discurso del 7 de julio de 1889 pronunciado ante la Academia Literaria del Plata demuestra la ineptitud del liberalismo para el bien del pueblo. Recuerda que el fin de la sociedad, como lo señala Santo Tomás en lacónica y clásica frase, es la *sufficientia vitae*, o sea que todos los sectores de la comunidad tengan una suficiencia de bienes con que puedan perfeccionar su vida. Este perfeccionamiento no ha de ser puramente material, sino que ha de estar constituído por bienes materiales, culturales y espirituales, en consonancia con la naturaleza del hombre, que es espiritual-corpórea.

Ahora bien, prosigue Estrada, el liberalismo, que se desentiende de los bienes superiores, pone empeño en fomentar industrias, mejorar el comercio, explotar las inmensas adquisiciones de este siglo en la esfera de las ciencias empíricas y sus fecundas aplicaciones a las artes útiles, facilitar comunicaciones, acrecer la producción, multiplicar consumos, abrir mercados, y en una palabra conducir a su máximo desarrollo la riqueza, en que cifra su culto e ideal, como que es el medio de vivir en el fausto y la sensualidad. Pero este cuadro de luz y de esplendor de minorías selectas tiene su contrapartida en la miseria bochornosa en que se debaten amplios sectores de la población de las sociedades liberales. Estrada usa frases muy duras para anatematizar la condición de los pobres en sociedades donde no se conoce sino la justicia, la dura justicia sin la Cruz del Evangelio. "Buscadla, dice, en las naciones paganas y la veréis conciliada con la esclavitud, con el ilotismo, con el exterminio de los débiles; si la pedís a los escribas del moderno positivismo, os la expresarán en la ley de selección natural que legitima la inmolación de los menos fuertes en provecho de los más vigorosos, en la fatalidad de los atavismos morales que asimila los crímenes a las enfermedades, en el privilegio de la utilidad sobre el derecho que sacrifica en las usinas el bracero en holocausto al capital, mujeres, ancianos y niños en los odiosos altares de la codicia, la flor de las generaciones en los campamentos militares y en batallas sangrientas y estériles para la civilización del mundo".

Este cuadro no tiene hoy nada de anacrónico, y era la situación aflictiva de nuestros sectores populares hasta hace algunos años, y a esta condición retornarán con el totalitarismo de la libertad. Porque, como se ha dicho muchas veces, en el reino de la omnímoda libertad rige la ley del más fuerte.

Y el pueblo ignorante, indefenso, debe sucumbir ante los privilegiados del dinero. La razón es muy clara. En un régimen económico político donde no impera la justicia vivificada por la caridad evangélica, se coloca la justicia en el éxito, y los triunfadores de la vida son los que tienen éxito en la carrera del dinero, el que les da derecho para tener en condición de inferioridad inhumana a los que sufren.

Estrada ha visto magníficamente que el liberalismo, después de producir una desigualdad irritante que lleva a los humildes a la desesperación, pretende aliviarlos en su suerte con el socialismo, el cual los arroja a una condición más opro-

biosa. La advertencia es de gran actualidad, porque precisamente con el socialismo, al que se le quiere entregar el manejo de los gremios, se pretende actualmente catequizar y apaciguar a los obreros. Estrada ve con acierto que la penetración socialista es malsana para la suerte de la sociedad. "Su programa de nivelación, a ser realizable, dice, desmenuzaría los capitales al punto de hacerlos improductivos, y destruiría, por lo tanto, los factores del mismo progreso material a que aspira con vivas ansias; y está contra la naturaleza y la justicia porque no cuenta con la nativa desigualdad de las aptitudes y la desigualdad moral de la energía en el trabajo, fundamento añadido al principio de prosperidad para legitimar la acumulación de bienes". El socialismo, llámese democrático o revolucionario, no puede asegurar la producción de bienes en un régimen igualitario sino por el ejercicio de la fuerza. Todos los intentos colectivistas están allí para probarlo.

El liberalismo es incapaz de asegurar el bienestar del pueblo. "Pero si lo fuera, añade Estrada, habríale ya conducido a la abundancia y la alegría, en cerca de un siglo que lleva de dominio sobre los gobiernos y las legislaciones, largo período de novedades y estruendo en que el clamor popular arrecia, las recriminaciones suben al tono de amenaza y no hay quien dude de que en el fondo es tan justa la querella de las muchedumbres, como brutal e inicuo el arrebatamiento vindicativo que las enajena cuando, junto con la fe, han perdido todo consuelo de esperanza y toda razón de paciencia en el dolor".

Parece increíble que haya hoy en nuestro suelo quien preconice, como soluciones salvadoras, doctrinas harto perimidas en los países civilizados. De acuerdo que ha de haber un régimen de libertad de empresa, pero donde ésta se conjugue con la fuerza de asociaciones de asalariados, bajo una prudente y juiciosa tutela del Estado. El Papa actual no deja de señalar que nada más a propósito para vencer al liberalismo económico "que el establecimiento, para la economía social, de un estatuto de derecho público fundado precisamente sobre la comunidad de responsabilidades entre todos los que toman parte en la producción" (7.5.49). De esta suerte la fuerza de los empresarios se conjuga con la fuerza de los asalariados en una unidad superior que es el interés de una misma y única profesión.

Y lo que decimos para el plano económico tiene igualmente valor para el político, donde minorías que no expresan la realidad cabal del país quisieran apoderarse de los resortes de la vida pública y manejarlos en su exclusivo beneficio.

Una democracia sana y cristiana

Ni liberalismo ni socialismo. El país está maduro para una democracia auténtica, que hoy no es posible sin la opinión católica. Los ciudadanos, y los católicos de modo particular, quieren ansiosamente una democracia sana y cristiana, donde puedan canalizar su fuerza social y política y hacerla gravitar en la edificación de la ciudad.

Nos referimos a una *democracia cristiana* en el sentido amplio con que usa esta denominación León XIII en la *Graves de communi* y que es la acción de la sociedad y del poder público dirigida al alivio y bienestar de las clases sociales más numerosas. Una economía principalmente con sentido de justicia social para los asalariados y a sueldo. No descartamos, antes bien lo incluímos, un régimen político de acceso de los sectores populares a la intervención conveniente en la vida política de la República.

Tal es la realidad de esta hora argentina. Una democracia sana debe adecuarse a la ley fundamental de la política, que es el logro del bien común en las circunstancias determinadas del país. Libertad, sí, pero en función de la justicia y del bien común. Ello supone que se abrigan ideas sanas sobre la persona humana, la familia, el trabajo, el derecho de propiedad, la empresa, las relaciones de capital y trabajo, el salario, la enseñanza, el Estado, etc. Después de las alocuciones magníficas del Pontífice reinante sobre todos estos conceptos, apenas es necesario invocar magisterio más competente. Estas enseñanzas deben ser profundizadas por cuantos se empeñan en rectificar la actual ciudad.

Otro punto sobre el que se debe insistir en una democracia sana es el problema de la autoridad efectiva, derivada y sometida a Dios. Si no hay autoridad efectiva y de cierta permanencia y estabilidad, el país queda entregado a la anarquía de los partidos y opiniones. Es ésta una condición que señala especialmente Pío XII en su Alocución de Navidad sobre la Democracia. Y esta condición es sobre todo necesaria en países como el nuestro, que son débiles en instituciones estables y permanentes a través de las cuales se mueve la vida pública. Cuando en un país de instituciones débiles no hay autoridad efectiva, su existencia queda entregada a grupos fuertes, que aprovechan en beneficio propio las energías de toda la nación.

Finalmente para una democracia sana se debe requerir un régimen tal de partidos a través del cual pueda constituirse un cuerpo legislativo de hombres que, aunque no fueran extraordinarios, sean representativos, por su saber y carácter, de las fuerzas reales del país. De las fuerzas todas del país, decimos, y con ello queremos excluir a los profesionales de la política. No hay que olvidar que si entre nosotros se hizo posible un régimen detestable como el de Perón, fué por el enorme desprestigio en que habían caído todos los hombres y partidos políticos, desprestigio que continúa hasta la fecha.

Una democracia que reúna estas condiciones y que se proponga lealmente la reconciliación de todos los argentinos, aun de sus sectores más populares, ha de contar con el auspicio de todos los ciudadanos.

Pero pensamos que en países como el nuestro, en que el sentimiento religioso es fuerte y la mayoría del país es católica, la democracia, además de sana, debe ser católica. Ello no significa otra cosa sino que la legislación debe estar en consonancia con la doctrina de la Iglesia. Si es una democracia para países de mayoría católica, debe conformarse con la voluntad de esta mayoría, que profesa la fe en la divinidad de Jesucristo y de la Iglesia y, en consecuencia, un programa de vida pública en armonía con esta creencia. Los Obispos, en su pastoral del 21.10.55, afirman que "la realidad de una *ciudad vitalmente cristiana* [....] no puede ser sin Jesucristo y sin su Iglesia cuando lo intenta mayoría católica". Lo cual a su vez concuerda con la doctrina de San Pío X, quien, en la Carta condenatoria del *Sillon*, hace el elogio de la democracia católica, cuando escribe: "Hubo un tiempo en que el *Sillon*, como tal era formalmente católico. No reconociendo más fuerza moral que la católica, iba proclamando que la democracia sería católica o no sería".

Existe una auténtica convivencia democrática que, en un país de mayoría católica como el nuestro, no se puede conseguir sin la Iglesia. Es cierto que los valores de la convivencia política son simplemente humanos o civiles. Pero el milagro de la verdadera convivencia humana, con la dosis necesaria de auténtica tolerancia, sólo puede lograrse cuando los hombres, sin descuidar ningún valor

"A. S. C. U. A."

A pesar de advertencias día tras día más estridentes, los argentinos persistimos en mecernos en un limbo que nos hace aparecer nuestro estado como puesto bajo el signo de una eterna felicidad. Nada amenaza nuestra seguridad porque no se da en nuestra casa —una casa que ha vuelto a limpiarse después del paréntesis ignominioso del peronismo, epifenómeno aplicado sobre una realidad que no se dejó plasmar— ninguna de las condiciones que hacen tan precaria la existencia del europeo, aun del inglés, "el más perfecto de los hombres", como decía Juan Bautista Alberdi. Más afortunados que nuestro modelo transoceánico, siempre nos resulta posible anular *in extremis* las amenazas que, por doquiera, pretenden trabar a la Humanidad en su marcha hacia el Progreso. Para ello, nos bastan "los imperativos de Mayo y de Caseros". Tenemos tanta suerte —justa recompensa de nuestro inmarcesible amor a los Grandes Principios— que una cadena de discursos oportunamente elaborados por los ínclitos cerebros que, cada vez que la democracia está en peligro, entran en ebullición en los consejos de A.S.C.U.A. —esa secular incubadora de perenne juventud— es suficiente para evitarnos la caída en el abismo en que —después de haber despachado al tirano— quiere precipitarnos la reacción totalitaria de los militares y de los clericales. Porque está bien claro que el único peligro que pueda cernirse sobre nosotros y nuestro luminoso destino es el que se agazapa tras la espada y la cruz, emblemas de un oscurantismo en acecho, cuyos secuaces se lanzan a la calle, derraman su sangre y nos liberan de la tiranía únicamente para imponernos la suya, sigilosamente planeada en la sombra propicia de las sacristías y de los cuarteles. Pero, felizmente, en el momento mismo en que esa siniestra conspiración está por triunfar al amparo de los discutibles méritos cosechados en las calles de la reaccionaria Córdoba, la vigilancia de A.S.C.U.A. y de la Liga de los Derechos, del Partido Socialista y de la Democracia Cristiana— que, a través de diez años de laboriosa vigilia, se habían preparado para esta prueba suprema, sin dejarse distraer por la fácil tentación de la lucha callejera contra la dictadura— logran dar el golpe de arresto. La opinión pública argentina —por lo menos, la que se expresa por la voz de comités que, gracias al Supremo Hacedor, nunca dejaron de llevar a cabo en un secreto que, con injusticia, se calificó de prudente, su actividad interrumpida tan sólo en apariencia por el 4 de junio de 1943—, la opinión pública se aúna bajo los estandartes del Progreso, de la Justicia y de la Libertad. Y no importa mucho, en verdad, que extensos sectores de la población —evidentemente enceguecidos por la ignorancia y por la mala fe— no consideren del todo satisfactoria una operación que recibe su sello de autenticidad democrática por la adhesión incondicional del Partido Comunista a los mentados "imperativos de Mayo y de Caseros". Nadie puede dudar de que nos hayamos salvado en el último momento.

Con lo cual entiendo decir que nunca como ahora nos hemos encontrado en condiciones tan favorables para pasar —sin fijarnos siquiera— de nuestro estado de eterna felicidad democrática a otro que podemos llamar escuetamente dictadura del proletariado.

Porque, en verdad, la acusación de totalitarismo lanzada contra quienes, del general Lonardi al más modesto militante cordobés de Acción Católica, provocaron con su decisión y su heroísmo la caída del tirano, sería ridícula si no fuera sobre todo trágica. Aquí está repitiéndose punto por punto aquello que dió tan buenos resultados para el Kremlin en Polonia y en Rumania, en Checoeslovaquia, en Bulgaria y en Hungría de 1945 a 1949. Para ilustrarlo, será suficiente recordar los nombres de Mikolajczyk y del rey Miguel, de Eduardo Benès y de Ian Mazarik, de Iván Petkov y de Zoltán Tildy. Cuando estos democráticos caballeros se instalaron en el poder *después de la caída de Alemania*, la prensa comunista de Varsovia y de Bucarest, de Praga y de Sofía y de Budapest consagró ediciones ditirámbicas a la descripción detallada de sus vir-

auténtico de suelo, aire y cielo, ponen el ideal de su vida en una medida que es la medida de Dios. El drama de los hombres y de los pueblos lo constituye hoy esa terrible ilusión de imaginarse que sea posible una simple convivencia sin que juntamente se dé la plenitud de los valores humanos y divinos, armónicamente conjugados, como nos lo da la ciudad cristiana.

Cuando una ciudad, con voluntad de convivencia democrática, se centra alrededor de la Verdad, cosecha como frutos las bendiciones de la redención de Cristo que, cumpliéndose en el reino de la verdad y de la gracia, hacen sentir su influjo sobre el plano terrestre que se le muestra propicio.

La gran responsabilidad de la hora

Los católicos, que se han mostrado héroes en las jornadas revolucionarias, parecen estar ahora confundidos y no percatarse de que los enemigos, los laicistas, liberales y marxistas, a pesar de ser minoría, están ocupando cátedras y posiciones decisivas en la vida del país. Es necesario que los católicos se ubiquen bien políticamente. Es necesario que hagan valer su fuerza en el campo político. Es necesario que allí desalojen al laicismo que ha ocupado ya posiciones de primera importancia. Democracia sí, pero sana y auténticamente cristiana.

PRESENCIA

ello menos firmemente explotadas por Moscú. El régimen peronista que, en sus comienzos, utilizó con astucia "ejemplar" tantos de los postulados que animaban a amplios círculos de la opinión pública argentina, fué, todo bien considerado, la forma latinoamericana modelo de la empresa de subversión racionalizada por Moscú que ha realizado progresos tan visibles al adaptar a motivos puramente locales —en violación evidente del magisterio marxista primigenio— una doctrina bastante dúctil como para que los problemas nacionales pudiesen insertarse *temporariamente* en su propósito de conquista universal.

Aquello que estuvo a punto de suceder en la Argentina sólo era la repetición adaptada a las condiciones de nuestra tierra de los "tiempos" que se dieron con apariencias diversas en los países de la Cortina y en la misma China y, más cerca de nosotros, en Bolivia donde todo está cumpliéndose como estuvo a punto de cumplirse en nuestra casa. Faltaba menos de un mes para nuestra transformación en república sindical sobre un patrón establecido en Moscú, aun cuando la república sindical peronista hubiese invocado —como su hermana de La Paz invoca el cómodo magisterio maoísta— temas capaces de hacer creer durante algún tiempo aún en su autonomía frente a Moscú de modo a no provocar la intervención de la Organización de Estados Americanos.

partidos políticos que, sin haber levantado barricada alguna, se las arreglaron, a partir del *23 de septiembre*, primero, para empujar fuera de la escena a quienes habían sido los únicos en pelear, luego, para transformarse en liquidadores de esa revolución. Pretendo aquí que el juego de esos partidos implica, para el comunismo, una libertad de acción mayor que la que tenía con el peronismo puesto que Perón quería utilizar a los comunistas para hacer su república sindical pero sin dejarse utilizar por ellos. Cálculo insensato cuanto se quiera, ya que, una vez proclamada la república sindical, los comunistas hubieran tomado sus disposiciones para eliminar a quien, después de haberles despejado el camino, podía sólo constituir un obstáculo para su propia ocupación del Estado. Pero pretendo también que la libertad de acción conseguida por ellos con la caída de Perón compensa ampliamente el terreno que han perdido *aparentemente* con esa caída, puesto que los partidos —resucitados de sus cenizas por un milagro en cuya obtención sus actos no han estado a la altura de sus oraciones y de sus manejos— actúan para eliminar todos los obstáculos que podrían entorpecer el libre desenvolvimiento del comunismo. Lo que afirmo aquí, con pleno conocimiento de causa, es que, tras la acusación de "totalitarismo" que los partidos y partiditos "democráticos" formulan contra los actores verdaderos de la revolución, el peligro se agiganta, porque, en esa acusación, anidan virtualidades de subversión a las cuales la cortina de humo con que dichos partidos y partiditos desvían la atención de la opinión pública permite concretarse mucho mejor que la inteligencia organizadora de los compañeros Victorio Codovilla, Rodolfo Ghioldi y Benito Marianetti. Esta es la razón por la cual afirmo igualmente que, entre las implicaciones subversivas del último peronismo —reveladas abiertamente con la incitación lanzada desde los balcones de la Casa Rosada cuando el 1º de mayo de 1954, el personaje gritó sorpresivamente "¡Trabajadores de todos los países, uníos!", —y la acción de sistemática destrucción de toda derecha argentina auténtica— emprendida, a partir del *13 de noviembre de 1955*, por el "ascuismo" y los partidos instalados en la Junta consultiva que siguen sus consignas ideológicas— no existe ninguna diferencia de naturaleza. La diferencia, en efecto, es tan sólo de grados.

ES AMOR

tudes ciudadanas y, anestesiándolos con la afirmación de su propio acatamiento a las normas democráticas, los incitaron a anular los remanentes del "totalitarismo". Estos remanentes no eran más que los elementos de derechas que, durante la ocupación, habían luchado con mucho valor contra el totalitarismo, pero que habían cometido el crimen inexpiable de conglobar en esta palabra, tanto a los totalitarios marxistas como a los nacionalsocialistas y de considerar que el "progresismo" constituía el mejor caldo de cultivo para el desarrollo de la subversión comunista.

Una vez ahorcados, deportados o desterrados estos elementos "reaccionarios", los comunistas que, mientras tanto, habían ocupado fuertes posiciones en los sectores de la sociedad que los partidos burgueses progresistas tratan generalmente, o bien por la indiferencia, o bien por la represión, y habían aumentado sus efectivos esqueléticos de los comienzos en una proporción que puede valuarse de 2 a 1000, cambiaron la dirección de sus baterías y las dirigieron contra sus fieles y democráticos aliados de la víspera. Así, Estanislao Mikolajczyk y Miguel Hohenzollern acabaron en el destierro, Eduardo Benès y Ian Mazaryk en el cementerio, Iván Petkov en el cadalso y Zoltán Tildy en el campo de concentración. La victoria de los comunistas en la Europa oriental, danubiana y balcánica se debe a la presencia o a la proximidad de las tropas soviéticas, ello es cierto. Pero lo es igualmente que —en el caso de Hungría y de Checoeslovaquia— esta proximidad hubiera resultado inútil si los obreros, abandonados a sí mismos cuando no postergados drásticamente por el Sr. Benès y su partido socialista nacional, y el pastor Tildy y el partido de los Pequeños Campesinos, no hubiesen ido a engrosar las filas de los hasta entonces diminutos P. C. checo y magiar.

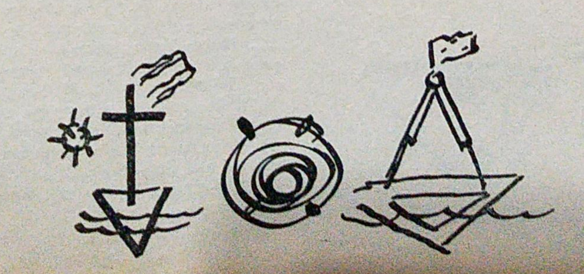
Ahora bien, me temo que lo que sucedió en Praga y en Budapest no tarde mayormente en darse en Buenos Aires donde el menos informado de los lectores de gacetas no ha de penar mucho para descubrir cómo se llaman nuestros Benès, nuestros Mazaryk y nuestros Tildy. Ya que entre estos progresistas y los nuestros no corre diferencia alguna.

Para comprender el por qué de semejante fenómeno, no es necesaria mucha sociología. Ni siquiera hace falta aplicar al hecho político de nuestro país el infalible instrumento de medida que se ha impuesto a la admiración de los sabios con el celebérrimo apelativo de dialéctica materialista. Basta observar sin espíritu de sistema a hombres y cosas. De este modo descubrimos que la tónica de nuestro tiempo y de nuestros contemporáneos es la disponibilidad para las experiencias más inverosímiles.

Esta tónica, por lo demás, no ha nacido espontáneamente. Consecuencia de un estado de cosas complejísimo, cuyo origen debe buscarse en un movimiento universal hacia la destrucción de los valores espirituales tradicionales, responde a una tendencia difusa en el mundo desde hace más de un siglo, que recibió su primer impulso racionalmente planificado con la revolución bolchevique y que, reducida a la impotencia fuera de las fronteras rusas hasta el 23 de agosto de 1939, recibió su carga explosiva exportable ese mismo día. En aras de la difícil victoria común, las democracias occidentales justificaron a partir de 1941 la acción expansionista soviética que, del final de la segunda guerra mundial al comienzo de la de Corea, pudo ocupar en el mundo posiciones estratégicas clave y, sobre todo, plataformas ideológicas no siempre adictas incondicionalmente al sistema comunista, pero no por

Con la libertad por decreto de que gozamos actualmente, no se ha hecho sino volver a los métodos clásicos de la preparación comunista ya que, en una buena medida, la caída del peronismo ha despejado el camino a la Empresa.

Lo dicho podría hacer presumir que, puesto que veo en esta caída una mayor facilidad para la transformación de nuestro país en República Socialista Soviética, no soy más que un nostálgico disfrazado del régimen fenecido el 16 de septiembre de 1955. Bien por el contrario, considero que el levantamiento del *16 de septiembre* paró en seco un tránsito que, bajo la batuta del genio de Lobos, iba a operarse de un momento a otro. Pero considero también que, con lo acaecido en las semanas posteriores, el peligro ha vuelto a aparecer bajo distinta forma porque las condiciones susceptibles de permitir el surgir de nuevas oportunidades para el comunismo no han tardado en presentarse. Estas condiciones se deben, no a los militares y a los civiles que *hicieron* la revolución, sino a la irrupción —no espontánea por cierto, sino cuidadosamente preparada con larga antelación— de los



No nos hagamos, pues, muchas ilusiones. La felicidad de que "disfrutamos" es la que precede a las grandes erupciones. En las horas anteriores al despertar del Vesubio, en el año 79, hubo grandes festejos en Pompeya donde la corporación de los panaderos —que encabezaba la lista popular— celebraba su triunfo en las elecciones municipales. Actualmente se dan grandes guateques en Buenos Aires, con la presencia de los triunfadores "ascuistas" de una revolución de la que se mantuvieron alejados *cogitatione, verbo et opere*; del mismo modo que se las da en Río por la victoria de Kubischek y de Gou-

lart; como se las dió en Praga en aquella noche que precedió al "golpe Gottwald", noche en que el Dr. Benès, por fin desembarazado de sus enemigos de la derecha, agasajaba en el Hradschin a los presidentes de los Comités provinciales de su partido.

La tendencia de nuestros triunfadores es festejar todos los motivos "democráticos" que flotan en el aire de nuestro país y del resto del mundo. Festejos en sentido único, claro está, ya que nunca se encuentra el mínimo pretexto para celebrar recurrencias que podrían ofender a los celosos demócratas del Kremlin y a sus allegados del resto del mundo. ¿Qué ruso exilado se atrevería a conmemorar con una misa *in nigris* el martirio de la familia imperial en Iekaterinburg, sin correr el riesgo de hacerse asaltar a la salida de la iglesia y de hacerse acusar por algún editorialista bien intencionado de conspirador totalitario? ¿Qué diplomático portugués tendría la osadía de dar una comida aun privada en honor de algún goano de paso que tiene sus motivos para no aceptar formar parte de la Unión India, sin verse tachar de provocador fascista?; y si un español pretendiese que la "patrulla del amanecer" no fué una institución de pura beneficencia, temblamos al imaginar la sarta de insultos de que se lo haría objeto [1].

Pero que esto responda a la realidad espiritual y política del país resulta bastante discutible así como resulta discutible la pretensión de los nuevos mentores progresistas de nuestra moral pública y privada a transformarse en representantes del país auténtico cuando no pueden representar siquiera la sombra del país legal. Esta disyunción —evidente fuera del Barrio Norte donde todo es galanura y del edificio de A.S.C.U.A. donde todo es amor, sobre todo amor a la verdad— no puede más que ensancharse día tras día a medida que los hechos, que ya se acumulan con silencioso vigor, permitan a una opinión pública difícil de pelar con Grandes Principios y gigantescos imperativos, imponer con la fuerza irresistible de la fe la simple verdad de que toda revolución pertenece a quienes la han hecho.

ALBERTO FALCIONELLI

[1] Con algo hay que empezar: "Rosario, 23 de noviembre. En el aula magna de la Facultad de Filosofía y Letras, pronunció esta tarde una conferencia el agregado cultural de la embajada de la U.R.S.S., señor Alejandro Alexeev. Se refirió a la universidad de Moscú, en su segundo centenario". (*Clarín*, 24-XI-55). La universidad de Moscú y su segundo centenario son para los comunistas los pretextos del año.



EL CAMINO DE LAS INSTITUCIONES

No es necesario mucho andar ni mucho conversar para encontrarse con los primeros brotes de desilusión colectiva, que van apareciendo después del momento inicial de euforia patriótica que suscitara la revolución de septiembre. Quienes en ella se embarcaron, albergaban bien fundadas creencias de que el ingente esfuerzo a realizar en el momento bélico no era sino una mínima parte de aquél otro mucho mayor que el momento de la pacificación requeriría. Sin temer uno ni otro quemaron sus naves y asumieron valientemente la empresa.

Al triunfo del 21 de septiembre sucedió el desahogo común de la celebración, pero no pasó más de una semana cuando todos los argentinos, repuestos ya de las emociones comenzamos a ponernos delante esa pregunta de tan desgraciada imperiosidad para los individuos y para los pueblos: Y ahora ¿qué?

Del planteo de esta pregunta arranca el comienzo de los desentendimientos y de la desilusión.

Sabíamos perfectamente que quienes hombro con hombro habían luchado contra el régimen derrotado, no iban a arrimar tan fácilmente sus hombros para luchar por el plan reconstructivo si éste no se asentaba en puntos lo suficiente amplios y comprensivos como para englobar las aspiraciones de todos. ¿Qué era entonces lo que se imponía? Era algo tan obvio y tan evidente que a nadie asombró cuando lo escuchó de boca del entonces Presidente Provisional Gral. Lonardi en su discurso programa del 23 de setiembre: el restablecimiento del derecho y el encauzamiento de las diversas corrientes sociales y de opinión por la vía de sus instituciones naturales. No hubo Partido, grupo ideológico, o asociación, no hubo persona que tuviera una palabra que observar a lo dicho entonces. Todos, absolutamente todos, aplaudieron a rabiar, y se fueron muy tranquilos a sus casas. Parecía evidente que el país estaba en buenas manos. Y lo estaba.

Pero, lo que teóricamente parecía tan apodíctico comenzó a padecer duras pruebas cuando tuvo que encarnar en la realidad. Grande había sido la conmoción como para que al día siguiente de los sucesos el país pudiera emprender con paso seguro el camino de las instituciones sin los tropiezos naturales del caso y los artificiales que le añadieron la ambición y el interés. Sin embargo aún estos últimos debían entrar en la cuenta y a pesar de ellos y contra ellos el Presidente del Gobierno de facto debía reintegrar su rumbo a la barca destartalada.

Una cosa era indispensable, que el Gobierno provisional fuera realmente tal, un restaurador de las leyes de juego que no se comprometiese con ninguna de las facciones que seguramente habrían de nacer o resucitar, después de diez años de opresión. La tarea que pedíamos al Gobierno provisional era pura y estrictamente empírica, técnica, sin mancha de ideología alguna: un lugar para cada cosa, y cada cosa en su lugar.

Los Partidos debían conquistar su puesto en la voluntad ciudadana a mérito de sus reales valores, la población debía ilustrarse sobre esos valores en una prensa libre y cuya voz representara una por una las diversas ideas predominantes, la justicia debía ocuparse de los delincuentes en el marco estricto del derecho dejándose librado lo que le excedía al ámbito claro y distinto de la sanción moral; a los gremios ayer instrumentos del régimen bastaba la caída de éste para que retornaran poco a poco a la estricta pero ineludible función de defensa y fomento de los intereses profesionales, la Universidad debía recuperar los verdaderos maestros que había perdido pero sin perder por ello los que había conservado, la economía debía ser saneada por un cuerpo técnico que no dejara de reconocer la necesaria vinculación de las medidas a adoptarse con los planos político y social.

Sobre estas bases podía lograrse una transición lo bastante suave y amortiguada como para que la población, depuestos los odios y las pasiones, pudiera al poco tiempo dar una palabra de convivencia tan inequívoca como para demostrar que estaba habilitada para concurrir a la justa electoral y decidir en definitiva sobre su destino. Esa era, al entender del Gral. Lonardi y de quienes le acompañaron en su gestión, la solución eminentemente democrática y republicana y la que mejor consultaba los intereses del país. Nadie pudo salir de su asombro cuando un tal planteamiento de la tarea gubernativa al ser ratificado por el mismo Presidente en su proclama del 12 de noviembre fué tachado por la Junta Consultiva de totalitario y antidemocrático, hecho que motivó la caída de su persona y de su equipo de gobierno.

La Revolución entonces cambió de rumbo, pero no es nuestro propósito aquí el de enjuiciar el rumbo que adoptó. Queremos enjuiciar solamente un hecho, que nos parece lo bastante grave como para merecer una reflexión serena y severa: Al Gobierno del Gral. Lonardi, *provisional* en nombre y en propósitos, sucedió un gobierno con una doctrina de fondo, un gobierno con una declaración de principios, comprometido con una ideología o con una facción.

Decimos que el hecho nos parece grave por cuanto puede significar en primer lugar un desmentido a la provisionalidad del gobierno y en segundo lugar, un desmentido a los fines de la Revolución.

Si las autoridades surgidas del golpe de Estado del 12 de noviembre comprometen su acción gubernativa con la orientación de alguno o algunos de los Partidos Políticos o corrientes de opinión en menosprecio de otros, están pronunciándose desde ya, y antes de que la población se expida sobre el asunto, acerca del destino futuro del país, sin el derecho que en los pueblos de orientación democrática otorgan las urnas. En un gobierno estrictamente provisional al llegarse al momento de las elecciones no se plantea el desdichado problema del *continuismo*, ya que las autoridades, conscientes precisamente de esa provisionalidad no han quedado comprometidas con ninguna de las fracciones que participarán en la pugna electoral. En tal sentido debe corregir la puntería el actual gobierno si no quiere que, cuando se haga la convocatoria a elecciones comiencen a escucharse nuevamente esas palabras que tan ingratamente resuenan al oído argentino (con alguna triste experiencia sobre la cuestión) y que son: continuismo, candidatos del oficialismo, etc.

Por ahora queremos hacer oídos sordos a los rumores que colocarían a una coalición de los Partidos Radical Unionista, Socialista y Demócrata Progresista en una tal posición. Parece tan retardataria la idea de una eventual resurrección de la Unión Democrática, (la que ya en 1946 era anacrónica y brindó por eso a Perón el triunfo servido en bandeja de oro), que no se puede siquiera imaginar que haya nadie con una pizca de visión política a quien se le ocurra la peregrina idea de retomar sus planteos pasados 10 años ¡y qué 10 años!

Dijimos que, en segundo lugar, un gobierno con declaración de principios puede significar un desmentido a los fines de la revolución.

Todos cuantos en ella participaron estaban de acuerdo sobre dos puntos fundamentales: el primero, negativo, que el país no podía seguir soportando al peronismo; el segundo, positivo, que el país debía volver a las instituciones. Cumplido ya el primer propósito con la derrota del régimen queda en pie el segundo, y no creemos, honradamente, que vuelta a las instituciones signifique vuelta a 1943. Si el peronismo pudo dar fácil cuenta de todas las instituciones argentinas es ciertamente, porque esas instituciones habían culminado en 1943 un proceso de descomposición interna que planteaba una disyuntiva trágica: o su rehabilitación y revitalización o su destrucción lisa y llana. El peronismo escogió el camino fácil. Bajo su pesada mano cayeron la prensa, la cultura intelectual y universitaria, el parlamento, el orden social y económico, la educación, la empresa. Se llegaba al momento de la destrucción de las Fuerzas Armadas,

de la familia y de la Iglesia cuando el país no aguantó más.

Ahora bien, si el gobierno del Gral. Aramburu quiere honestamente adoptar el camino difícil o sea el de rehabilitar y revitalizar las instituciones argentinas haciéndolas recuperar su sentido originario y reconduciéndolas a las fuentes que les dan existencia, los peores consejeros que puede tener para la empresa son aquéllos que en 1943 habían perdido todo contacto con la realidad radical que fundamenta todas las instituciones y que es precisamente el sentido originario de cada una de ellas, sentido que se obtiene en la naturaleza humana y social, en la configuración histórica y su dinámica y en la finalidad que esas instituciones se proponen. Cuando volvamos a saber el por qué y el para qué del parlamento, de la familia, de la prensa, de las Fuerzas Armadas, y de todas las demás instituciones volveremos a comprender su necesidad. Si alguna de ellas está de más no nos aferraremos, si alguna otra nueva se hace necesaria habrá que sentar sus bases, y aquéllas cuya patente sea la naturaleza humana, como la familia, la religión, etc., deberán ser defendidas y conservadas a todo trance.

No ha sido el fin de la revolución de septiembre el de retrotraernos a un país momificado por estructuras sin fundamento y del cual el peronismo hizo fácil presa sino el de recuperarnos nuestras instituciones y abrirnos el camino para estructurar las que sean necesarias, porque el país hoy más que nunca reclama que ellas tengan vitalidad y dinámica interna. Creemos que en definitiva, la comprensión de esta verdad, impondrá la victoria del buen sentido.

Carlos Alberto Quinterno

¿KERENSKYSMO?

A la caída del brutal régimen plutocrático feudal que representaba en Rusia la desgraciada dinastía de los Romanoff (en la realidad usufructuado por un naciente capitalismo y burguesía de raigambre económica extranjera y expresión espiritual europeísta, afrancesada), los *liberales*, con fuerte apoyo *menchevique* —socialistas partidarios de la conquista del poder por métodos legales democráticos—, se ven abocados al difícil problema de luchar en dos frentes: el de la guerra externa, que los *bolcheviques* quieren convertir en guerra civil, para acelerar la toma del poder, ante las vacilaciones cobardes de liberales y mencheviques; y el de la crisis económica-política interna, de abismal repercusión social, que también los bolcheviques utilizan como base para sus ataques al flamante gobierno, compuesto por hombres inexpertos en la conducción del Estado, sin equipos homogéneos para disciplinar, renovar o limpiar el funcionarismo oficial de saboteadores zaristas, infiltrados comunistas o corrompidos de todas las tendencias, y *sin una política clara*, precisa en sus objetivos y flexible en sus medios, con la cual llevar la paz y la unidad a sus compatriotas, que tenían depositada toda su fe en las decisiones de los nuevos gobernantes. Alexander Kerensky —hombre fatal a Rusia por su incompetencia en el manejo de los asuntos públicos, de carácter influenciable y blando—, dirigente de los trudoviques, decía al respecto: "Nos movemos en medio de un cúmulo de perturbaciones desconocidas en la historia de nuestro país. No sólo las instituciones políticas son caóticas, sino toda nuestra economía".

Aprovechando este panorama tormentoso, de nubes revueltas que impresionan negativamente a los canijos, relámpagos que imponen pavor a los especuladores con el partidismo anarquizante y truenos ensordecedores que sobrecogen de espanto a los burgueses y capitalistas que sólo piensan en el lucro personal, en vez de la suerte que corre el país —que les arrastrará, fatalmente, en su caída—, los comunistas preparan, *secretamente*, aunque voceando luctuosas consignas para sus enemigos, la tumba del zarismo y del gobierno demoburgués que, con una ingenuidad de Caperucita, pretende sucederle, *dentro de un orden legal*, cuando los cañones atruenan el espacio, las masas rugen su contenido odio revanchista y las fuerzas militares se disgregan por obra de ambiciosos sin escrúpulos que tienen puestas sus miradas en el poder, y nada más que en el poder. Mientras Rodsjanko, presidente de la Duma, *plantea una cuestión de poder legal* solicitando la abdicación del Zar, por no convenir a los intereses partidistas representados en la Duma, por hallarse rodeado —dicen— de nobles y civiles reaccionarios o retrógrados, los jefes militares, con el general Alexeiev, jefe del Estado Mayor General, a la cabeza, solicitan *telegráficamente*, ese decisivo paso *que creen será la única y salvadora solución*. La decisión final la toma el vicealmirante Nepanin, comandante de la Flota del Báltico, dando veinticuatro horas de plazo para que el Zar deje de ejercer un poder *que ya se se le había ido de las manos*. Con esto el último Romanoff se retira, vencido, a su residencia de Mohilov. Con tal paso ha firmado su sentencia de muerte y, con ella, la inauguración de un régimen terrorífico que advendría en las puntas de las bayonetas rojas.

La minoría manda

En tanto, ¿qué hacen los bolcheviques?

Si bien ellos están en minoría, han preparado con tiempo, con fervor fanático, con disciplina de acero y con ideas definidas, *toda una táctica y una estrategia para iniciar el camino de la toma del poder*.

La demagogia y el maquiavelismo comunistas son llevados hasta la quintaesencia del engaño y la estafa moral. Lenin y sus secuaces realizan *dentro de la legalidad* marchas y contramarchas políticas para ganar tiempo y darlo a la maquinaria ilegal del Partido, a los fines de poder cubrir con esa cortina de humo la amplia movilización de células rojas entre las masas trabajadoras y los militares. Lenin grita a sus teóricos camaradas del exilio y a los responsables del Partido Comunista en el frente interno, cuando las más recias luchas contra el tirano, que hay que dejar a los liberales y a los socialistas la Duma, para que discutan, pierdan el tiempo, se trencen en polémicas inútiles, originen fricciones que los dividan o los lleven al principio de la enemistad; en el ínterin, ellos, los bolcheviques, *deben ir a la base del asunto*, deben ir a los barrios obreros, a las fábricas, a los talleres, al campo, al Ejército y a la Marina, *echando las semillas de la insurrección*, a la cual se llegará como consecuencia de la acción odiosa y antipopular, miedosa y estúpida de un gobierno que tiene, como un arco iris, todos los matices partidistas, pero que no gravita sobre el alma de las masas que no quieren volver al pasado de promesas y pequeñas ventajas logradas por la razón de la fuerza de su poder efectivo, traducido en sus organizaciones masivas y en su táctica de resistencia en bloque. Por lo tanto, los bolcheviques saben en qué río pescan y echan sus redes en él con entusiasmo y profusión. ¿Con qué elementos cuentan los bolcheviques para llevar a cabo aquel plan? Con pocos, pero muy realistas. Tienen larga y provechosa experiencia, vivida en el destierro, la ilegalidad, el sufrimiento en las cárceles, la miseria material del nómade que, sin patria, debe vivir bajo los puentes, las chozas amigas, las calles suburbanas de ciudades desconocidas, etc.; tienen organizados perfectos servicios informativos y formidables aparatos de propaganda; tienen importantes fondos monetarios cuyo origen nadie conoce, pero que sirven para poner en marcha ese desgreñado y confuso ejército, operante *desde las sombras*, comandado por estrategas de cuello duro y gemelos de oro, intelectuales, economistas, escritores, médicos, periodistas, militares degradados y marinos desertores, variopinta taifa de genios maléficos *que saben lo que quieren, lo que hacen y hacia dónde van*, midiendo con exactitud el tiempo y sopesando con algebraica determinación sus fuerzas combativas. Y, por sobre todo, tienen un sentido tan bajo de la moral y del honor que con ellos no hay arreglos, acuerdos ni tratados posibles. Conclusión: los bolcheviques, sin una migaja de escrúpulos, vencen *arriba* por el dispositivo del dolo, y, *abajo* por el dispositivo de la verdad. Lenin lo afirmaba frecuentemente: "Los partidos revolucionarios deben completar su instrucción. Han aprendido a atacar. Ahora, deben aprender que esta ciencia tiene que estar completada por la de saber replegarse con el mayor acierto. Hay que comprender —y la clase revolucionaria aprende a comprender por su propia y amarga experiencia— que no se puede triunfar sin aprender a tomar la ofensiva y a emprender la retirada con acierto". Y agregaba: "Es un imposible conquistar el poder político (y ni siquiera debe intentarse tomar el poder político) mientras esta lucha no haya alcanzado *cierto grado*; este "cierto grado" *no es* idéntico en todos los países y en condiciones diferentes, y sólo dirigentes políticos reflexivos, experimentados y competentes del proletariado pueden determinarlo en cada país".

Una táctica certera

¿Qué aconsejó Lenin para abatir el poder menchevique y asegurar el triunfo bolchevique?

Primero: organizó huelgas económicas (por aumentos de sueldos y salarios, rebaja de horarios en las tareas fabriles, protección a las mujeres y niños, resistencia a los altos alquileres y aumento de los mismos, etc.) originando un estado de *crisis general* por falta de producción; auge del mercado negro y sabotaje industrial y campesino (destrucción de maquinarias e incendio de cosechas);

Segundo: alcanzado *cierto grado* de desprestigio del gobierno, de desconfianza popular, de falta de autoridad, de división en sus cuadros dirigentes, etc., *transformó las huelgas económicas en huelgas políticas* (estructuración de un Frente Unico contra los "incapaces" y los "traidores", por la abolición de las medidas restrictivas y represivas contra los huelguistas, por la libertad de los presos políticos y sociales, etc.) *exigiendo* representación y parte del gobierno de la Duma, es decir, su control y fiscalización, para luego torpedear sus benéficas medidas o decisiones, y atacar desde y con las masas a todos los que no se solidarizaban con su voto apoyando *las avanzadas e imposibles propuestas* de orden económico-político y social sostenidos por ellos;

Tercero: logrado el objetivo de unión de las masas trabajadoras con las células militares y el apoyo campesino; liquidada la *autoridad legal* del gobierno y la Duma, presentados ante el pueblo como "traidores" y "expoliadores"; conseguido el clima propagandístico internacional, por intermedio de los demás partidos comunistas, de que los únicos verdaderamente democráticos eran ellos y constituyéndose, "por decreto" y por la razón de la fuerza de sus aparatos terroristas en los "salvadores del orden y la ley", pasaron de la huelga política *a la insurrección*, consiguiendo la victoria sobre las ruinas de una Revolución Libertadora que, por la inepcia de sus jefes, cayó en el descrédito público. Desde aquel día, a la insensatez gubernamental; a la charlatanería liberal; al izquierdismo masónico "democrático"; al politiquerismo intelectualoide en función de poder estatal; al periodismo racionalista y agnóstico convertido en tirano de sacristías; al funcionarismo "revolucionario" practicado por acomodaticios, emboscados y logreros; al militarismo conservador, antipopular y envejecido en la ejercitación de reglamentos y tácticas superadas por el espacio y el tiempo; al sindicalismo amarillo sin

sindicatos y al partidismo sin mayorías electorales, pero con muchos sellos de goma y papel carbónico, se le bautizó *Kerenskysmo*. Trotsky habló categóricamente al respecto, redactando verbalmente el epitafio para aquel régimen de papanatas, encabezado por Kerensky. Dijo el inteligente judío organizador del Ejército Rojo: "El poder del gobierno provisional, con Kerensky a la cabeza, está por el suelo, y sólo espera la escoba amistosa para ser barrido... Nos mantuvimos despiertos toda la noche y pudimos seguir por el teléfono el trabajo silencioso de la Guardia Roja y los soldados revolucionarios. La burguesía estaba profundamente dormida y no se enteró de que, en el ínterin, un poder había sido sustituído por otro... El gobierno debe ser el instrumento que libere a las masas de cualquier forma de esclavitud. Los intelectuales más destacados comprenderán que sus condiciones de trabajo han de ser mejores bajo el gobierno soviético. Los trabajores, campesinos y soldados deben comprender que la economía nacional es su propia economía. Esto es nuestro principio fundamental para la proclamación del poder. La introducción del trabajo obligatorio universal, es uno de los futuros deberes del gobierno". En la misma reunión, celebrada en el Instituto Smolny, Lenin —después de Trotsky— hace uso de la palabra y da la pauta del programa agrario, que será el pulso de la dictadura del proletariado (?) *a imponerse sobre el pueblo*: "Obtendremos la confianza de los campesinos con un simple decreto que destrozará los derechos de propiedad de los señores. Los campesinos comprenderán que sólo mediante la unión con los trabajadores podrá salvarse el campesinado... Estableceremos el control de la producción por los trabajadores. Nosotros procederemos a la construcción del orden socialista proletario en Rusia. ¡Viva la revolución socialista mundial!".

Hay que estar alertas

Epílogo: ¿no parece todo esto un paralelo, por sobre el espacio, el tiempo y los hombres, con la actual situación argentina, salvo en aquello de que no tenemos guerra externa, pero sí lucha interimperialista interna, que también es una forma de guerra? ¿No es ésta, en realidad, la táctica y estrategia que está usando el comunismo entre nosotros, aprovechando el desconocimiento que sobre sus planes tienen los muy ponderables elementos anticomunistas que encabezan la Revolución Libertadora? ¿Corremos hacia la etapa del kerenskysmo? ¿Tendremos, nosotros también, nuestro Noviembre Rojo?

Dios quiera que los hombres que tienen en sus manos la responsabilidad de mantener el orden, la ley, la justicia, la libertad y las conquistas sociales (que deben ser acrecentadas para no malograr un tan alto y cristiano propósito nacional), sepan quebrar el espinazo de la *Gran Conspiración Comunista*, que nos amenaza. Confiamos en que así se hará, para bien de todos.

REVOLUCION SIN ALAS

Cuando, a fines del año pasado, Perón lanza su ataque suicida contra la Iglesia, vuelca definitivamente en su contra al sector más numeroso y sano del pueblo argentino. Rumores, panfletos, reuniones clandestinas, imponentes manifestaciones, etc., van madurando el clima que concreta en las fuerzas armadas la seguridad de un innegable respaldo popular para la epopeya sangrienta y gloriosa que meses más tarde estremecería al país. Gran parte de esa tremenda organización celular que eslabona los contactos entre los distintos grupos revolucionarios y planea, junto con militares, los detalles de la fecha decisiva, está integrada por hombres que con la misma fe y patriotismo habían apoyado a Perón en la iniciación de su primer gobierno y ahora jugaban sus vida, sus familias y sus bienes por una empresa de honor y justicia. También el pueblo que se solidarizó desde un primer instante con la Revolución estaba formado por hombres que en su mayor parte habían querido a Perón cuando su lenguaje era la expresión cabal de un hermoso sentimiento de Dios, Patria y Familia. Sólo otra parte de ese pueblo allí reunido y jubiloso festejaba con terrible resentimiento un triunfo que acariciaba desde el año 46.

Dos sectores bien definidos, pues, el uno numeroso, católico y sano; el otro reducido, liberal y marxista, se congregaron a vitorear una revolución que era interpretada en dos formas diametralmente opuestas. Para unos era la restauración del imperio del derecho; para los otros la revancha.

Más astutos, mejor organizados y sobre todo inescrupulosos, los dirigentes del desprestigiado sector minoritario tejieron la enmarañada intriga que habría de producir la primera escisión del gobierno, con la caída de hombres honestos, patriotas y dignos.

Así los políticos de antaño, viejas figuras conocidas, casi todos sexagenarios para arriba, usufructuaron posiciones inmerecidas, acaso con el íntimo convencimiento de que la abstinencia obligada de este pasado inmediato les redime de aquel otro pasado inútil. Y lo que es peor, no escarmentaron. Porque hay que tener cara de cemento para que —por ejemplo— los demócratas progresistas, con once mil votos recogidos en todo el país, "asesoren" a un gobierno que solamente en Plaza de Mayo fué saludado por más de un millón de personas y cuando —sin ir más lejos— un simple presidente de un club de fútbol triunfa con mejores guarismos.

Discursos, reuniones a puertas cerradas, apariencias y formas son el quehacer de sus actividades, como si la sagrada misión de gobierno no fuera otra cosa que una sutil intriga palaciega. Pero de la Política con mayúscula, aquélla que es definida como el arte de gobernar; la de horizontes claros y vuelo alto; la que lleva por el camino de las grandes empresas porque es popular y en consecuencia está íntimamente ligada con los destinos de la Nación, nada, absolutamente nada. No es extraño en consecuencia que su "democrático" asesoramiento le sirva al gobierno sacar cada dos por tres las tropas a la calle, le obligue a vigilar el trabajo con tanques, cañones y ametralladoras y haga que el pueblo comience a sentirse pesimista de su futuro.

¿Cómo se explica, entonces, que esta conciliación de políticos sea la antítesis de la conciliación popular? Porque mientras en mesa redonda, proficua en abrazos y declaraciones, hacen su "rentrée" los radicales, socialistas y demócratas, salvando todas las apariencias de la democracia enciclopedista, sobre los horizontes de la patria se ciñen negros nubarrones, que dividen a la familia argentina día a día en forma más irreconciliable. Los métodos peronistas, tan dolorosos para la dignidad humana, se aplican hoy, sin miramientos de ninguna especie, con la más absoluta indiferencia, por parte de estos señores que hasta ayer no más, en nombre de la libertad, ponían el grito en el cielo, aunque fuese por la más simple citación (véase, en el diario de sesiones, al diputado Alende denunciar a la Cámara la citación del Juez Gentile al Sr. Frondizi).

La Revolución está siendo desvirtuada en sus orígenes por estos convidados de mesa servida, que asesoran al gobierno de acuerdo a sus intereses, mas no a los del pueblo. Los señores políticos deben saber —y lo saben muy bien, de ahí que no nos pese el llamarlos hipócritas— que los ataques peronistas a "La Vanguardia", la Casa del Pueblo, etc., cuanto más dejaron una sensación de disgusto en el ánimo de todos; pero el pueblo no se movió por ellos, sencillamente porque ya no cree más en ellos. Y si la Revolución se hizo posible fué gracias al elemento católico con profundas convicciones nacionales, que, herido en lo más caro de su espíritu creó, con éxito, el fermento revolucionario. Y hoy pretenden ignorarlo, y ya "La Vanguardia", pasquín de los únicos burgueses-socialistas del mundo, insinúa sus irrespetuosos ataques a la Iglesia como institución y a los curas como meteretes.

Un sentido cristiano de democracia se perfiló en el triunfo de la brillante jornada con la magnífica proclama de Lonardi, y finalizó con la enérgica renuncia de Bengoa. En síntesis, que no se combatió únicamente a la persona de Perón y sus colaboradores, sino al sistema fructífero en procedimientos anticristianos destinados a avasallar a la persona humana. Esto implica desterrarlos del país por inicuos e infames; mas no seguirlos aplicando en nombre de la libertad y la democracia porque suena a una estúpida hipocresía.

Hay obreros que siguen siendo peronistas y de buena fe, porque en el limitado mundo en que viven no alcanzan a sopesar y comprender hasta dónde los hubiera llevado Perón con su política de entrega y de desvirtuamiento moral de la conciencia humana. Pero, también hay que tenerlo muy en cuenta, Perón para conquistarse al obrero comenzó por preocuparse de él, mejorando su *standard* de vida y creando un respeto hacia su persona hasta entonces desconocido. Y esto último sobre todo lo saben los políticos desde la experiencia propia del 46. Sin embargo no aprenden. Porque siempre se preocuparon más —y hoy igual que ayer— de florearse con un discurso que de atender con sentido espíritu de solidaridad humana a los humildes.

Aquí se trata sencillamente de enseñar al obrero que las justas mejoras obtenidas durante el peronismo se pueden consolidar y superar, no con perfumados discursos que suenan a hueco, sino con una sana política cristiana que infunda recíproca confianza en un clima de respeto, libertad y justicia. Sólo así la figura de Perón será un triste recuerdo. Pero las bayonetas caladas, las informaciones tergiversadas de los hechos y esa falta de respeto hacia la persona que, por seguir siendo simplemente peronista, es depositaria del más inicuo desprecio, como si ante todo no fuera una criatura creada a imagen y semejanza de Dios, hacen, en este caso, que la figura de Perón se agrande a sus ojos como héroe y mártir en su lucha contra una oligarquía implacable.

Y aquí entramos, sí, en el concepto doctrinario que prima en aquella otra parte del pueblo argentino a que nos referíamos al principio, cuyo intérprete fué el general Lonardi: *castigo de los culpables e imperio del derecho*.

Sin duda alguna esas banderas serán retomadas antes de que esta Revolución pierda definitivamente sus alas.

SALVADOR ROCA

PRESENCIA

Aparece el 2º y 4º viernes de cada mes

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Independencia 1194 . T. E. 26 - 3265

Se imprime en casa de don Domingo E. Taladriz, San Juan 3875, Bs. Aires.

Precio del ejemplar .... $ 3.—
Suscripción anual .... $ 60.—

ADONDE VA LA LANCHA

Decíamos, en nuestra nota del 11 de noviembre, que "asistimos "a la progresiva división del país "en dos grupos antagónicos". Dos días después, los hechos revelaban que en la frase transcripta sobraba una palabra. En efecto, la división no fué progresiva, sino fulminante.

En nuestra opinión, los sucesos a que nos referimos obedecieron fundamentalmente a tres causas: ideológica una de ellas, puramente política la otra, y finalmente una tercera que podríamos llamar económico-social.

La causa ideológica. La *entente cordiale* entre liberales y católicos sólo era viable en el supuesto, señalado en nuestra nota anterior, de "un gobierno de unión nacional, "fundado en la tradición histórica "del país, en *toda* la tradición de "cuatrocientos años de historia, "incluso los más recientes, y no en "la de los noventa años que van "del 53 al 43". Evidentemente, no era ésta la opinión de los liberales, quienes se mantenían irreductibles en lo referente a legislación divorcistas, laicismo —no ya escolar sino de toda la vida pública— y sometimiento de la Iglesia a la tutela del Estado.

Así las cosas, la ruptura era sólo cuestión de oportunidad. Esta se presentó, y fué admirablemente aprovechada, en el momento mismo en que el Presidente Lonardi reconoció públicamente "el respeto "que merecen los vastos sectores "de opinión católicos, así como la "Iglesia, en cuanto institución de "origen divino".

La causa política. Los partidos representados en la Junta Consultiva, con excepción del Radical, están basados en ínfimas clientelas electorales, y no ignoran que, de aparecer nuevos partidos, aún pequeños, su suerte estaría definitivamente sellada. Necesitan, pues, que la máquina del Estado se mueva en su favor, impidiendo la cristalización de nuevas corrientes políticas. En esas circunstancias, cae sobre ellos un balde de agua fría. En su ya recordado mensaje de la madrugada del 12, dice el General Lonardi que "el gobierno "está muy lejos de creer que en "la Junta estarán representadas todas las corrientes de opinión de "la política nacional. Por el contrario, estima que quedan, al "margen de toda adhesión a partidos, tendencias importantísimas "—algunas de significación cultural de primer orden dentro de la "opinión independiente— que pueden llegar a gravitar en forma "muy apreciable en los resultados "de la política nacional". Y más adelante se refiere a "la prudencia con que los más altos funcionarios del gobierno han de "proceder en relación a los partidos, no tanto para velar por la "propia imparcialidad (......) "cuanto para dar a la opinión pública la impresión cabal de que "efectivamente lo son". Y afirma aún más claramente, si cabe, la prescindencia gubernativa —que forzosamente habría de ser fatal para los viejos partidos— cuando dice que "el gobierno desea que se "contemplen los matices políticos, "dando acceso a la función pública "a los valores más caracterizados, "sea cual fuere el partido en que "militen, o aunque a ninguno pertenezcan", y asegura categóricamente que no ha de poner la máquina del Estado al servicio de los partidos, al decir que "la Revolución (.....) se propuso (.....) "devolver al pueblo la posibilidad "de expresar espontáneamente sus "opiniones sin prensa regimentada, "sin propaganda uniformada y sin "la más mínima coacción; así como de darse el gobierno que libremente quiera". Y colma la medida cuando anuncia elecciones a corto plazo y refirma la intención de no favorecer a ninguna tendencia: "Sobre los lineamientos a "que acabo de referirme ha de "desenvolverse la acción del gobierno, con miras a poner cuanto antes término a su gestión. "Ningún partido, ni tendencia, "puede pretender convertir a la "Revolución o al gobierno en instrumento de su predominio o buscar en ellos ventajas sobre eventuales adversarios".

Era evidente que los pequeños partidos debían movilizarse en defensa de su vida amenazada, y así lo hicieron, en lo que quizá la historia recoja como un último, agónico estertor.

La causa económico-social. No podemos dejar de señalar que la política de lenidad del gobierno depuesto con respecto a las organizaciones obreras fué también causa determinante de su caída. Debemos volver otra vez al mensaje, donde sobre el particular se dice que "otros han alzado su voz para "protestar contra la lenidad de la "política del gobierno en relación "con las organizaciones obreras". Y agrega categóricamente el general Lonardi: "En ningún caso dividiré a la clase obrera, para entregarla con defensas debilitadas "a las fluctuaciones de nuestra "economía y de nuestra política. "La libertad sindical no es la anarquía en las organizaciones obreras, ni la supresión o la desnaturalización de los órganos de derecho público indispensables para la integración profesional".

Como luego se verá, en el bando liberal se mueven dos corrientes: una propiamente demoliberal y otra marxista. Para los liberales, una C.G.T. fuerte y organizada haría muy difícil, si no imposible, que el peso de la recapitalización del país cayera exclusiva o principalmente sobre la masa obrera. Para los liberal-marxistas, lo mismo que para los marxistas químicamente puros, la caída del equipo cegetista era condición indispensable para su reemplazo por marxistas, criptomarxistas, filomarxistas y demás *compañeros de viaje.*

Que los sucesos estaban estrechamente ligados al problema sindical lo comprendió rápidamente la C. G. T. que, si nada hizo por Perón, organizó luego de la caída de Lonardi una huelga que alcanzó a durar cuatro días.

Los nuevos partidos. En el seno de la Junta Consultiva había dos nuevos partidos: la Unión Federal y el Partido Demócrata Cristiano. Creemos que el somero análisis que precede basta para explicar la distinta actitud por ellos asumida. Los representantes de la Unión Federal reaccionaron en primer lugar como católicos, en segundo lugar como personeros de un partido nuevo que se ve perjudicado por la maniobra de los viejos, y en tercer lugar como defensores del obrero y como enemigos de su captación por el marxismo. A su vez, los representantes del Partido Demócrata Cristiano —y no decimos que todos o la mayoría de los afiliados actuales estén en esa línea— reaccionaron en primer lugar como liberales, en segundo lugar como el único partido nuevo que ha sido convidado, merced a su ya señalado liberalismo, a la mesa tendida de los viejos y recibe su ayuda para evitar peligrosas competencias en el campo católico, y en tercer lugar como amigos de sus *compañeros de viaje* los marxistas y como defensores de la política tendiente a anarquizar a las organizaciones sindicales.

Adónde va la lancha. Si eliminamos, como hipótesis de trabajo, la coyuntura de que otra vez se arroje la espada en la balanza, resulta prudente descartar la posibilidad de que la luna de miel —el matrimonio bien avenido de que nos habla el doctor Ordóñez— entre liberales y marxistas vaya a durar mucho tiempo. Mientras la única opción de los pequeños partidos es dilatar indefinidamente el llamado a elecciones, y anarquizar el país mediante representaciones proporcionales, gobierno colegiado y demás panaceas a que suelen ser afectos los partidos sin votos, el sector de la intransigencia que responde a las directivas del señor Frondizi ha de promover, con presumible apoyo comunista, una política "avanzada" —como gustaban decir los liberales de hace medio siglo— con el fin de mantener soliviantados a los obreros, y pescar eventualmente a río revuelto.

En tal situación, parece lícito suponer que tarde o temprano —y más bien temprano que tarde— se produciría un choque resolutivo. Si triunfase el ala marxista, el país se vería enfrentado por segunda vez a su comunización. Si, en cambio, fueran los liberales *sensu stricto* quienes se quedasen con el poder, asistiríamos al espectáculo de un gobierno sin respaldo político, con la casi totalidad del país en la oposición, y la anarquía consiguiente que es de presumir. Y en cualquiera de ambos casos habríamos llegado a la hipótesis que primeramente descartáramos: la hora de la espada.

Pero el país no está constituído solamente por quienes detentan el gobierno en estos momentos. Las fuerzas católicas, libres de todo compromiso oficialista, se verán muy probablemente llevadas a una tenaz política de oposición, en la que ha de fortalecerlas el recuerdo de recientes vicisitudes. Y no hay mejor aliciente que el que da la confianza en la justicia de la causa que se defiende y la seguridad, alimentada por una consideración realista de las circunstancias, de que el triunfo final quizá pueda parecer lejano, pero desde ya está a la vista.

AUGUSTO FALCIOLA.

LIBERTAD DE PRENSA

Sin caer en exageraciones simétricas ni en beaterías contraproducentes, suele reconocerse que la prensa es "el más influyente portavoz de la opinión pública". Quien esto dijo —Heller— pensaba, hacia 1930, que el cine y la radio habían de reemplazar a la prensa en el primado de la opinión. Hasta hoy, sin embargo, parece que el prestigio de la palabra escrita, sobre todo de la palabra impresa, ha prevalecido sobre el de la palabra oral o el de las imágenes sucesivas reflejadas en una pantalla, a pesar del carácter maravilloso de las invenciones más recientes.

Para el régimen anterior (anterior al 16 de setiembre) la abolición de la libertad de prensa significó, a la vez, un fin y un medio. Todos los recursos fueron ejercitados; no se ahorró ninguno: ni la amenaza, ni la clausura, ni la usurpación, ni el incendio. Nadie ha olvidado, por ejemplo, las verdaderas e inolvidables actividades de una famosa comisión parlamentaria que se tituló investigadora de torturas y que realmente se ocupó de amordazar y extinguir los últimos focos de prensa libre que quedaban en el país.

Uno de los objetivos primordiales de la Revolución libertadora fué devolver a la nación su libertad de prensa. Se pensó en una equitativa distribución de diarios para que se oyeran todas las campanas, para que todos los sectores de la opinión pública estuvieran convenientemente representados en la prensa. Pero, por desgracia, no se pasó de los buenos deseos. Junto a la plausible noticia de la disolución de la Secretaría de prensa presidencial, que fué auténtico y siniestro ministerio de propaganda, son de dominio público las intervenciones a los únicos diarios opositores, la prosperidad de algún diario amarillo premiado y las declaraciones del señor Michel Torino —que algo sabe sobre el tema— acerca de la inexistencia de libertad de prensa.

Prensa libre no quiere decir, necesariamente, prensa independiente y menos aún prensa objetiva; esto es un soberano lugar común. Bajo la tiranía siempre hubo algún diario que sostuviera, o insinuara, ideas contrarias al régimen. Pero hoy, el nuevo régimen ha logrado, gracias o no se sabe qué milagro, una rara unanimidad favorable. Ningún órgano de prensa desentona, ninguno es original. Es inaceptable que sea necesario acudir al "Herald" o al "Standard" para conocer noticias fundamentales, o que para publicar otras haya que practicar el noble arte panfletario. Tememos que tal vez el gobierno confunda opinión pública con opinión de los partidos, que no es lo mismo: lo prueba la caída de Perón. Frente a una nueva y más que nunca injustificada conspiración del silencio, crece la necesidad y la misión del auténtico periodismo libre.

PUBLIO

PREVISION SOCIAL

Aunque parezca extraño el sistema de previsión social argentino no cumple los objetivos propuestos en las leyes que lo rijen. Un simple dato basta para fundar nuestra afirmación, a saber: más del 80 % de los jubilados han reingresado a la actividad porque el haber de sus prestaciones es insuficiente para atender sus necesidades. Adviértese que la Ley 14.370, sancionada no ha mucho (octubre de 1954), establece el monto de las jubilaciones y pensiones vitales o mínimas en m$n. 600 y 575, respectivamente (monto que está muy por debajo de lo que necesita un obrero o un empleado para hacer frente al costo de la vida). Además, salvo un número relativamente pequeño de altos empleados del comercio, de la industria y de la administración pública, la mayoría de los obreros y empleados jubilados perciben jubilaciones menores de m$n. 750 o m$n. 800. Pero mientras el índice de las jubilaciones y pensiones no responden a las necesidades de la masa pasiva de la población, los ingresos al sistema de previsión han creado un fondo realmente extraordinario que, según veremos, ha sido desviado de sus fines específicos. En efecto: mientras el número de beneficiarios se ha duplicado en 1954 con relación a 1950 (385.278 en 1954; 187.667 en 1950) y la recaudación de las Cajas de Previsión ha seguido análoga proporción (m$n 9.644.928.800 en 1954 y m$n 4.142.897.700 en 1950), los fondos absorbidos por el Estado en igual tiempo se han más que triplicado (en 1950, el Estado tomó de las Cajas pesos moneda nacional 10.861.312.400; al 31 de diciembre de 1954 la deuda ascendía a m$n 33.989.728.300; y se estima que a fines del año en curso el monto de la misma será de aproximadamente m$n 40.000 millones). Así se tiene que en 1954, 4.671.411 afiliados a las Cajas Nacionales, ingresaron pesos moneda nacional 9.644.728.846,21, de los que dichas Cajas destinaron m$n 3.236.401.231,39 para atender 385.278 prestaciones (jubilaciones y pensiones), quedándose el Estado, mediante el sistema de emisión de *Obligaciones de Previsión Social*, con m$n 5.755.563.900, es decir casi el doble de lo que abonó en prestaciones. Y en el mismo año, no obstante el superávit de recaudación (6.408.327.614,82 de m$n) las Cajas sólo destinaron a la Dirección de Préstamos Hipotecarios y Personales la irrisoria suma de m$n. 294.800.000.

Ahora bien; el Estado, por intermedio de las Cajas, se ha convertido en el destinatario del 25 % sobre todas las remuneraciones que se pagan en el país; en otras palabras, el Estado retiene 3 sueldos y fracción de los 13 sueldos (incluyendo el aguinaldo) que nominalmente percibe el trabajador. Esas retenciones exageradas han elevado también exageradamente el importe de las *cargas sociales* que deben afrontar las empresas de producción. Mas como estas últimas trasladan el monto de esas cargas a los costos de producción es evidente que, en definitiva, ellas son soportadas por la masa de consumidores, sin distingo alguno.

Pero si el consumidor ve sobrecargado el costo de los productos y la generalidad de las prestaciones tuitivas son de un monto insuficiente para los jubilados y pensionistas, y si a ello se agrega que, a pesar de la fabulosa cifra que representa para el Estado la recaudación de los aportes y contribuciones, más del 60 % de las empresas se verían en el trance de presentarse en convocatoria si las Cajas decidiesen ejecutar los elevador créditos que tienen contra ellas, nos parece imposible no entender lo irracional del sistema.

Es que aparte el doble fin demagógico y fiscalista con que el régimen depuesto ha concebido y organizado el régimen de previsión social, la población se ha habituado, por cierto dentro del cuadro de una economía cada vez más declinante, a pensar que el Estado debe subvenir desde los gastos del parto del individuo, hasta la pensión para sus deudos cuando aquél fallezca. Y dentro de este convencimiento, que ha anulado el sentido del ahorro espontáneo y del esfuerzo individual, el *afiliado* ha favorecido la traslación de un principio propio del seguro privado al sistema de previsión social a cargo del Estado, con todas las consecuencias de su inaplicabilidad, a saber: en el seguro privado el asegurado aporta voluntariamente la prima que desea o puede pagar con vistas a obtener una prestación mayor o menor pero proporcional a su ingreso. Ese principio es inaplicable al régimen de jubilaciones y pensiones a cargo del Estado, pues éste no es otra cosa que un servicio público y, en cuanto tal, su base fundamental consiste en una mejor redistribución de la riqueza como expresión de la solidaridad social, y su objetivo es atender, mediante los recursos de todos los sectores que intervienen en el proceso de la producción, las necesidades de aquéllos que por razón de su ubicación social y económica en la sociedad están impedidos de acumular ahorros y riquezas suficientes que les permitan subvenir sus necesidades cuando su capacidad de trabajo ha cesado, mereciendo el amparo económico del Estado como única forma de asegurar su ancianidad.

Por ello entendemos que, como medida general, debe elevarse el límite de edad para obtener la jubilación provenientes de todas aquéllas actividades que por su naturaleza no causen la pérdida anticipada de la capacidad de trabajo, eliminando las jubilaciones extraordinarias o por retiro voluntario que los actuales regimenes permiten obtener a personas en plena edad y capacidad laborales. Correlativamente, debe ser disminuído el índice de aportes y contribuciones jubilatorias a fin de disminuir las cargas sociales de las empresas y, en consecuencia, poder abaratar los costos de producción; pero esta medida debe ser seguida por la de restituir los recursos previsionales a su objeto específico, vale decir, atender exclusivamente los beneficios para quienes necesitan el amparo del Estado, mejorando el monto de los mismos.

En lo que respecta a las nuevas Cajas de Previsión para Empresarios, Profesionales y Trabajadores Independientes, creemos que deben ser, lisa y llanamente, derogadas. En efecto, esa clase de trabajadores, por razón de la evolución económica y social de sus respectivas actividades, no deben ni pueden aspirar a que el Estado les conceda prestaciones jubilatorias que, en la generalidad de los casos, no son más que suplementos ociosos de sus ahorros o de sus fortunas. La vía para prever reveses de fortuna que circunstancias adversas puedan acarrearles, está en el seguro privado y en las asociaciones de asistencia también privadas.

ARNALDO MUSICH

QUIEN ES QUIEN

EN BUENOS AIRES LIBERADO

Se sabe —o se debería saber, ya que desde el 23 de septiembre, los interesados no han desperdiciado oportunidad alguna para informarnos al respecto—, se sabe que durante la dictadura los intelectuales democráticos que no aceptaron doblegarse ante el tirano —o cobijar su pluma inmarcesible en el acogedor Uruguay— fueron condenados al silencio con los métodos más sutilmente ignominiosos que una mente depravada pueda excogitar. Su martirio —no existe otra palabra— no sufre comparaciones y, en verdad, es único en la historia de nuestro tiempo del desprecio. No puede ser comparado siquiera con el que la brutalidad fascista impuso a Benedetto Croce, puesto que el monstruo de Predappio no logró impedir que, entre 1922 y 1943, el filósofo de Nápoles publicara 14 tomos de sus obras completas y continuara al frente de su revista. Más ferozmente perseguidas que su colega italiano, las flores de la intelectualidad porteña tuvieron que marchitarse hasta que la revolución libertadora —que acaban de transformar tan limpiamente en contrarrevolución— les permitiera gozar del rocío que brota de la participación en el presupuesto nacional. No, no hay comparación posible: François Mauriac, en los años de la ocupación parda, hizo representar su "Asmodée" en París; Paul Claudel, su "Soulier de Satin" en presencia de todo el estado mayor del *Gross Paris;* Cocteau pudo ocupar tres escenas a la vez y no sé cuántas editoriales controladas por la *Propagandastaffe;* Duhamel, almorzar con frecuencia en el Instituto de Cultura Alemana... Y, sin embargo, Croce y Mauriac, Claudel y Cocteau y Duhamel han pasado a la historia como actores impolutos del más puro resistencialismo.

Todo esto es sabido. Se olvida, empero, que en esos tétricos nueve años, alguien proporcionó a nuestros intelectuales arrinconados en la amargura de la cogitación solitaria la posibilidad de hacerse oír de cuando en cuando. Se olvida, en efecto, que el original Ernesto Sábato, el emérito José Luis Romero, el exquisito Manucho Mujica Láinez, el tan talentoso Jorge Luis Borges —columnas de Hércules de A.S.C.U.A. y del "ascuismo"— fueron invitados a exponer el fruto de sus inquietudes en el "Colegio de Estudios Universitarios" que, al 1127 de la calle Uruguay (el único Uruguay que aceptaran frecuentar), dirigía un sacerdote recientemente calificado de enemigo del hombre y de la democracia por la prensa del señor Erro, ese Aloé de la contrarrevolución. Este sacerdote fué el único ciudadano argentino que, antes del 16 de septiembre, tuvo la osadía de brindar una tribuna libre a hombres que, sin él, hubiesen reventado bajo la presión de sus pensamientos comprimidos por el tirano.

A. F.

SUMARIO